

CABEZAZOS CONTRA EL ESPEJO del ascensor. Marcel se ha refugiado en él a la carrera, perseguido por los médicos. Ha pulsado Pb y se ha dado la vuelta, de espaldas a la puerta, para no verlos. Al primer cabezazo la cabina se tambalea. La puerta metálica no alcanza a ahogar el grito. Una voz quebrada se desparrama por el pasillo del hospital. Con los ojos muy abiertos sigue embistiendo contra el espejo. Golpes secos. Cada vez más fuertes. Con la cabeza. El ascensor baja aprisa. Marcel nota una presión en la boca del estómago. Alza los brazos, apoya las palmas de las manos en el espejo y proyecta el culo hacia atrás a fin de asegurar la posición, formando una cuña. Toda su fuerza se concentra en la musculatura del cuello. Cada golpe es más violento que el anterior.

Está obcecado. Obnubilado. Se le han quedado los párpados pegados a la parte superior del ojo. Igual que legañas. La piel del cogote se le estira y encoge con cada nueva arremetida. La imagen de los ojos abiertos de par en par le llega borrosa. Desenfocada. Cada nuevo impacto parece colocar las cosas en su sitio. Una punzada entre las cejas, que después estalla por toda la cabeza, y se transmite como un cosquilleo adormecedor por la espalda y baja por la columna. Tiene las manos entumecidas. Cuando percute ve con mayor claridad, luego se echa hacia atrás y los repliegues de la nuca son cuchillas que le devuelven la imagen brumosa de su rostro desencajado. De la mirada perdida. Perdida. Y de nuevo, contra el espejo, repite todo el proceso. Cada vez con mayor violencia. Poco a poco. Golpe a golpe.¹

La madre ha quedado en la planta séptima. Allí se ha quedado. Los médicos se han quedado en el pasillo de la planta séptima, incapaces de retener al muchacho esquivo que acaba de perder a su madre, sin saber si bajar a buscarlo por las escaleras o qué. En el otro extremo del pasillo su hermana, Clara, se halla sentada, cabizbaja, aferrada a la silla de la habitación setecientos siete. El padre está en la sala de espera de la séptima planta. Fumando, aún ajeno. El ascensor llega

1. En catalán dice: «Poc a poc. Cop a cop»; perdemos en la traducción la homofonía de entrambas oraciones. (Todas las notas son de la traductora, salvo indicación contraria).

a la planta baja. Dos monjas lo esperan en silencio, con las manos perdidas entre el paño del hábito. Perdidas. Marcel las descubre borrosas a través del espejo, de parte y parte de su rostro embotado. La puerta acaba su recorrido y hace «clac». El espejo ha resistido los embates. Marcel busca en la superficie las grietas. Necesita alguna grieta. Con las piernas todavía abiertas, encajado en el suelo del ascensor, aparta las manos del espejo y observa la huella efímera que dejan sus dedos. Ahora las monjas entran con timidez en el ascensor. Definitivamente, no hay grieta alguna. Marcel se gira en un revuelo y se escabulle entre los hábitos. Se caga en Dios con un grito terrible al tiempo que sale corriendo del ascensor antes de que la puerta metálica vuelva a transformar la cabina en una prisión.

En el vestíbulo hay poca gente. Una monja vieja en la recepción, tres mujeres mayores sentadas y un par de enfermeras que cruzan la puerta corredera de la entrada. Marcel blasfema de nuevo con voz de trueno, se acerca a los sofás en los que están sentadas las tres señoras y agarra la muleta que lleva la más rolliza. Todo el mundo lo mira en silencio. El hilo musical difunde una sinfonía por el vestíbulo. A escaso volumen. Se oye tan mortecina que es como si viniera de otra planta. De otro lugar. Marcel alza la muleta, la coge con ambas manos como blandiendo un bate y empieza a golpear las paredes con la energía de un loco en pleno ataque. El estruendo ahoga la sinfonía. El muchacho acompaña cada

golpe de un aullido terrible. La monja de recepción se asusta. No sabe qué hacer. Marcel golpea con la muleta los rótulos metálicos en los que aparecen los nombres de los médicos titulares del centro. El taco protector de caucho negro salta al tercer batacazo. Ahora los impactos hacen «clonc» y los rótulos se tambalean. «Clonc». El ataque del muchacho no empieza a causar estragos hasta que no arremete contra un ventanuco que da a la calle. El cristal no resiste el embate. Se oye un «crash». El ruido del destrozo lo excita todavía más. Después de la ventana ataca unos cuantos diplomas médicos enmarcados, que llevan el nombre del hospital, y también descuartiza sus vidrios. Crash. Se regodea en la acción, hasta que quedan del todo desmenuzados, con una mueca tensa que le aleja los labios de los dientes. Se mueve con el vigor de un poseso, agitando la muleta a una velocidad prodigiosa. Uno de los diplomas se descuelga de la pared, víctima de su furia, y bailotea unos instantes antes de quedar tumbado en el suelo. Marcel lo remata con los pies. Lo revienta a saltos.

La dueña de la muleta se ha puesto a chillar. Se agarra la pierna escayolada con ambas manos y la baja lentamente hasta el suelo. Luego trata de incorporarse ayudada por sus acompañantes, pero se desequilibra, y las tres se caen de culo sobre el sofá. Las enfermeras se han quedado plantadas en medio del vestíbulo y contemplan boquiabiertas el espectáculo, sin saber qué decir ni qué hacer. Cuando el muchacho

termina con todos los diplomas enmarcados, retrocede tres pasos. Resopla. Mira a derecha e izquierda con ojos rabiosos para ver si hay más cristales a su alcance. Quiere hacerlos todos trizas. Todos. No puede quitarse de la cabeza una lámpara de cristal de roca que le estalló en las manos en el comedor de casa hace un par de años, mientras ayudaba a su madre a limpiarla una tarde de domingo. La tenía bien agarrada, y de repente se hizo añicos. Crash. En un primer momento fue como si le arrancaran la piel de los dedos y se mascara la tragedia, pero al final madre e hijo acabaron tumbados en el suelo, tronchándose de risa. Marcel nota cómo la muleta metálica se electriza. Empieza a advertir que las manos le hacen «zub-zub» y se le ponen de punta el vello de los brazos. Suelta un grito salvaje y se abalanza contra una especie de fuente redonda que decora el rincón opuesto a la recepción. Es toda ella de cristal. Con un ojo de mármol encastrado que supura agua por todas partes. Que llora.

Marcel se abalanza contra la fuente con la muleta en paralelo al suelo, por encima de su cabeza. Igual que un caballero medieval blandiendo su espada. Al final de la carrerilla la punta de la muleta describe una semicircunferencia perfecta que concluye en el surtidor vítreo de la fuente. Pero el impacto no rompe nada. Se oye «clanc». La muleta rebota, y la vibración incrementa el «zub-zub» en las manos. Marcel se emplea a fondo. Salta con ambos pies, encaramándose a

un pequeño reborde que impide que el agua que cae del ojo se desparrame por todo el vestíbulo. Aguarda unos segundos hasta sentirse bien acuñado, y entonces vuelve a levantar lentamente la muleta. La monja de recepción reacciona. Descuelga el teléfono y marca la extensión de seguridad. Marcel ataca de nuevo la fuente de cristal. «Clanc». Descarga un par de golpes secos. De prueba.

—Bajen a recepción inmediatamente —alcanza a pronunciar la anciana sor—. Hay un loco que está destrozando el vestíbulo.

El tercer golpe provoca una grieta. Marcel se anima. Con los ojos cerrados y la boca entreabierta sigue golpeando la masa compacta de vidrio hasta que consigue hacerla trizas. Aparecen por la escalera dos hombres uniformados. Franquean el último tramo de un salto. La monja de recepción les señala el rincón donde está Marcel. Pero no hacía falta. La bulla lo delata. Los últimos impactos le han salpicado. Agua y pedacitos de cristal le hacen cosquillas en la cara, brazos, manos y pecho. Lo aguijonean. Ahora le da vueltas la cabeza, tiene la garganta seca y las manos se le debilitan. La muleta cae en el agua de la fuente. «Flops». Se hunde rodeada de cristales que parecen de cuarzo. Las manos le cuelgan, doloridas, de parte y parte del cuerpo. Parece relajado.

—¡Corten el agua! —grita el primer guardia.

El segundo ascensor llega a planta baja y se oye un «clinc». Un tipo de sonido agudo que capta la atención de Marcel. Gira la cabeza y ve salir a Clara. La cara llorosa, los brazos caídos, la espalda encorvada, una bolsa de plástico en la mano, rodeada de médicos. Cuando Marcel hace ademán de saludarla con una mano torpe, los dos guardias de seguridad le asestan un golpe seco en la nuca con alguna cosa dura y lo inmovilizan. Ahora son los brazos los que hacen «zub-zub». Lo han cogido por sorpresa. El muchacho se queja a gritos, patalea con rabia y los insulta. Los dos guardias lo derriban, cae sobre el suelo empedrado, le arrean un puntapié en los cojones y le sumergen la cara en el agua. Entre los vidrios.

Tras tres inmersiones, lo levantan de mala e impropia manera y le colocan las esposas con las manos a la altura del culo. Las enfermeras se acercan. La monja abandona el mostrador de recepción y se arrima. La hermana se aproxima lentamente. Las tres señoras que estaban sentadas en los sofás centrales no mueven ni un dedo. Marcel yace de lado, con las manos en el culo y las rodillas dobladas. Medio noqueado, a los pies de la fuente rota, que todavía mana.

Clara se agacha y acerca la cara a la altura del codo de su hermano.

—¿Cómo estás, Cel?² —le pregunta.

2. Diminutivo de Marcel; y además hay concomitancia con «cel» en catalán, «cielo».

El muchacho jadea.

—Ahora, bien —suelta en un tono inaudible—. ¿Ya lo sabe, padre?

Clara le contesta que no.

—No —dice ella.

Se incorpora y camina maquinalmente hasta la fuente destrozada. Coge del suelo un pedazo de vidrio reluciente y lo mete en la bolsa de plástico. Entre el pijama y el cepillo de dientes, un libro y el desodorante. Hoy también ha pasado la noche en la habitación setecientos siete. La última noche.

Los hombres uniformados mandan levantar a Marcel. El más joven le asesta un puntapié en los riñones.

—¡Venga, arriba! —grita—. ¡Levanta, si no quieres que te arree una patada en el ojo del culo!

Tiene cara de policía malo. Debe de haber visto muchas series policíacas porque emplea un lenguaje ampuloso repleto de frases hechas.

Clara no ha vuelto a mirar a su hermano. Deambula por el destrozo de cristales que recubren buena parte del vestíbulo, recoge los fragmentos más grandes y los deposita con delicadeza en la bolsa que trajina. Parece como arrobada en su tarea de desescombros. Los dos guardias arrastran a Marcel hasta el ascensor mientras Clara continúa recogiendo las migajas de vidrio que su hermano ha diseminado por todas partes. Aplicada y feliz. Recuerda que a la madre le gustaban

mucho las figurillas de vidrio, y ello basta para que le entren ganas de limpiar los cristalitos en todo el vestíbulo.

No se moverá de allí hasta que no quede ninguno. El muchacho escupe. Tiene trocitos de vidrio en los labios y los ojos hinchados. Le aguarda el espejo del ascensor. Ya no tendrá ninguna necesidad de embestirlo a cabezazos, porque reflejará su rostro lleno de arañazos. Marcel lleva las grietas en la cara.